

*Tradiciones (VI)*

*Furyu:*

*El espíritu reservado*



Renyasai Toshikane Sensei

*Dave Lowry*

*“No es que carezcamos de sentimientos,  
Es, solo, que preferimos educarlos en soledad”.*

Nobu Shibuyama. Escritor japonés.

Aún en la actualidad, la expresión *“Samui no Yagyunin”* es muy escuchada en algunos lugares de Japón, al referirse a una persona especialmente distante en su comportamiento o relaciones y reservado hasta el punto de la arrogancia. Literalmente, *“Samui no Yagyunin”*, lo traduciríamos por: *“la frialdad del hombre de Yagyū”*. Es muy curioso que el *bugeisha*, o artista marcial clásico del estilo Yagyū pueda ser un ejemplo de orgullo, especialmente cuando consideramos que las enseñanzas de este ryū (Escuela) fomentan la obtención del espíritu *mugei-numei*, una clase de humildad despersonalizada, en la cual el practicante se encuentra *“sin arte y sin nombre”*.



***Villa de Yagyū. Prefectura de Nara. Japón.***

Quizá esta aparente paradoja la resolvió la esposa de uno de los maestros de la Escuela de sable Yagyū, quien dijo en una ocasión a un joven alumno del ryū *“Los espadachines de Yagyū atesoran su humildad porque cubre su desprecio por el mundo que les rodea”*. Por supuesto, este sentimiento era común en los guerreros samurai, pero la verdadera naturaleza del estilo de vida del *bugeisha* estaba llena de orgullo, y la Escuela Yagyū no era la única que exhibía dicha arrogancia: un aspecto cultural que los japoneses conocen por el hombre de: *“Furyū”*, existiendo pocas dudas al respecto entre los discípulos de una de las escuelas más famosas del arte de la espada en la época feudal de Japón: Yagyū ryū. Hay menos dudas aún de que la expresión *“samui no Yagyunin”* se originó a partir de un maestro de la tradición Yagyū, un espadachín famoso por un autocontrol casi sobrehumano, y una frialdad que desafiaba a cualquiera que quisiera traspasarla.

El espadachín de tan gélido semblante era Yagyū Toshikane Renyasai, nacido en 1625. Yagyū era el hijo menor del gran Yagyū Munemori; su hermano mayor se llamaba Mitsuyoshi Jubei, un hombre de sable cuyas aventuras han entretenido a generaciones de aficionados japoneses

a este tipo de cine. En la vida real, Mitsuyoshi asumió la dirección de la línea Edo de Yagyū Shinkage ryū, después de la muerte de su padre, en 1646. Mitsuyoshi falleció en 1650, dejando a su hermano Renyasai como el cuarto maestro heredero de la Escuela.



***Renya Toshikane Sensei***

Desde el principio, Renyasai tenía algo diferente a los demás. Al contrario que los demás bugeisha de Yagyū, que se casaban y tenían varios hijos, Renyasai se mantuvo soltero toda su vida, aunque tomó bajo su protección a la que fue su ama de llaves, ayudante y, quizá, la única persona que consiguió su afecto: una chica de granja, nacida en el campo, a la que Renyasai se abrió completamente. En contra del carácter que adoptara en público, se rumoreaba en privado que complacía a su dócil y afable criada, para mostrarle un amor que era lo más inusual en aquellos tiempos. Ella continuó viviendo con él, cuidándolo hasta su muerte. Este episodio fue terrible para él, que, como veremos, llevaría a Renyasai a demostrar el enorme control que tenía sobre sí mismo.



***Yagyū ryū dōjō. Santuario Hotokuzenji. Nara.***

Como añadidura a este tipo de vida tan peculiar, el papel de Renyasai como maestro director del ryū, era también poco convencional. Como su padre, él fue entrenado según los principios del Zen, siendo a la vez practicante de una forma de budismo denominada Mikkyō. Además de

sus enseñanzas en el arte de la espada, era un artista de considerable reputación en el diseño y fabricación de un estilo de *tsuba* (guardamanos de la espada) que hoy en día resultan muy valoradas por los coleccionistas, debido al distintivo y misterioso simbolismo que en ellas se aprecia. Todas estas facetas de la personalidad de Renyasai: su falta de familia, su devoción al budismo, su forma de luchar y la artesanía de sus *tsuba*, eran reflejos de un aspecto superior de su propia manera de ser: la reticencia para afrontar los acontecimientos mundanos, un desprendimiento que conocemos por Furyu.

La idea de Furyu (literalmente: *“la elegancia impalpable del viento”*), es a menudo mal interpretada en la sociedad japonesa actual, en la cual se asume incorrectamente como la propia abnegación, que podría encontrarse en un monje recluso en un monasterio, o la débil arrogancia de quienes no se mancharían las manos trabajando, ni tomarían parte en los acontecimientos de la vida diaria. Por el contrario, el concepto de Furyu, demanda una exhausta participación en la vida. Es, tan sólo (como intentaba hacer Renyasai), que el hombre de Furyu pretende poner una cierta distancia entre él y los demás, buscando con la actividad que le ocupa un tipo de calma interior y una paz espiritual que es tan personal que se resiste a ser compartida por aquellos que no tengan una sensibilidad similar. Bajo el control de Renyasai, el Yagyu ryu floreció, continuando su crecimiento, y sus hábiles manos produjeron exquisitas obras de arte. No obstante, Renyasai siempre mantuvo cierta reticencia y alejamiento durante toda su vida.



**Documentos medievales del clan Yagyu.**

Las leyendas acerca del extraordinario control de Renyasai sobre sí mismo son fascinantes. En cierta ocasión, durante una visita a un templo de la provincia de Ise, Renyasai fue despertado por el dueño de una posada en donde se alojaba. Tal y como le explicó el desesperado posadero, un bandido demente había irrumpido en las habitaciones de la abadesa de un templo budista cercano, y mientras la alarma se había extendido rápidamente, llevando a las fuerzas del orden y a sus comisarios al lugar, el demente había sujetado ya a la anciana, colocándole un cuchillo en la garganta y amenazando con matarla. Las creencias en encantamientos y posesiones eran muy común en aquel entonces y se creía que el bandido había sido poseído por el espíritu de un zorro, un tipo de encantamiento terrible que dejaba a sus víctimas dementes; siendo esta la razón por la cual la multitud no reaccionaba ante el hecho. Calmadamente, Renyasai se vistió y, cuando al salir de la posada, tomó consigo un bastón corto. Se aproximó al bandido tanto como le fue posible y permaneció allí, mirándole.

Cuando el bandido, temeroso, dejó de gritar, habló Renyasai. “Debes dejarla marchar, si no lo haces, solo puedes esperar lo peor”. “Antes la mataré, contestó aquel”. Varias personas entre la multitud, se acobardaron ante la amenaza del agresor y, mientras esto ocurría, las monjas compañeras lloraban y rezaban en voz alta. No obstante esto, Renyasai permanecía impassible. “Entonces hazlo rápido; necesitamos continuar con nuestras ocupaciones”, dijo Renyasai. De pronto, el maestro sacó el bastón, alcanzando la mano del agresor que sujetaba el cuchillo. La acción fue tan rápida y precisa, que el bandido dejó caer el arma, gritando agónicamente. La monja se alejó con un vigor que desafiaba a su edad, y el demente fue retirado de allí.



***Tsuba Yagyū Shinkage Ryū***

Más tarde, cuando se le preguntó a Renyasai por qué había tomado tanto riesgo, contestó: “*Ví que el bandido sujetaba el cuchillo de modo que tenía primeramente que recorrer todo el cuello hasta poder tirar del cuchillo hacia atrás y cortar. Sabía que en ese tiempo sería suficiente para atacarle*”. Para tomar ese tipo de iniciativas es necesario poseer nervios de acero. ¿Estaba Renyasai tan seguro de su habilidad, sabiendo que podría golpear al bandido en esas condiciones, antes de degollar a la monja? Solamente, en el espíritu frío de un hombre de Furyū puede encontrarse la respuesta a esto.



***Shabi Shiori: la intimidad de la práctica.***

En otra ocasión fue la propia vida del maestro la que estuvo en peligro, salvándose gracias a su calma estoica. La historia es la siguiente: Tres asesinos a sueldo de una escuela rival a Yagyū ryū, se dirigieron por la noche a la casa de Renyasai. Todos ellos estaban muy entrenados en distintas artes marciales y casi no se les podía oír. No obstante, al no ser lo suficientemente silenciosos, el maestro se despertó y, tumbado en la oscuridad, se percató no solo del peligro inminente, sino del número de asaltantes que habían entrado. En efecto, al ser profesionales se acercaron a su lecho desde distintos ángulos, cubriendo todas las posibles salidas, para

hacer imposible una huída en cualquier dirección. Renyasai, con sigilo, cogió su espada: una espada ligera que guardaba detrás de sí y que llamaba “*Oni Hocho*”, y esperó a sus adversarios.

Los tres asaltantes estaban ya sobre el lecho cuando desenvainaron sus espadas. Se concentraban en este gesto cuando Renyasai saltó directo hacia arriba, usando sus piernas para elevarse, sujetándose a una viga que cruzaba la habitación. Utilizando ventajosamente su templada mente, el maestro se balanceó hacia fuera del círculo de sus atacantes, hiriéndoles de muerte a todos. Así, calmados como Renyasai, conseguían los espadachines de Yagyu ryu esa reputación de completo control sobre ellos mismos.



***Koko Ima: Este lugar, este momento.***

Cuando su amada ayudante tenía sesenta años, contrajo una neumonía y pronto se encontró moribunda. Al principio, Renyasai estaba junto a ella constantemente, pero, cuando la enfermedad se agravó, ella le pidió que se marchar, para comprometerle a mostrar su sufrimiento. Quizá, el estoico espíritu de Renyasai se había instalado en ella, de una u otra forma, el espadachín la dejó, retirándose su lugar de trabajo, donde comenzó a trabajar en una nueva tsuba para su espada. Al llegar la noche, los únicos sonidos que se escuchaban eran las respiraciones forzadas de la ayudante de Renyasai, y el rítmico toc, toc de un martillo, finalizando el diseño delicado de una tsuba. Finalmente, tras un último suspiro, ella se fue. Los sirvientes de Renyasai se quedaron consternados, al ver que una luz en la vida de su maestro, se había extinguido. Aunque él mismo había escuchado ese último suspiro, su martillo nunca dejó de golpear. Así como había sido privado e íntimo su amor, privado había sido también el dolor por su muerte.

Hoy en día, el espíritu de Furu tiene poco interés en el budo moderno, donde, en vez del distanciamiento, la disciplina del artista marcial le conduce hacia la sociedad. La frialdad del bugeisha, podría convertirse en arrogancia en nuestra época. Pero, aunque no vuelva a seguirse el “*camino del Furu*”, podemos imaginarnos qué tipo de persona debe haber sido el que haya hecho de esta rígida disciplina, su meta y camino. Lo imaginar, sentado solo, junto a su fragua, golpeando incesantemente la pieza de hierro, sus ojos negros, obstinados y fríos.

Traducción y adaptación: Kenshinkan dojo 2009

[www.kenshinkanbadajoz.com](http://www.kenshinkanbadajoz.com)